

A decorative border of intricate, stylized floral and vine motifs surrounds the text. The border is composed of various scrollwork, leaves, and floral patterns, creating a classic and elegant frame.

T. Kingfisher

Artiga y Hueso

Traducción de Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

ORTIGA Y HUESO

Título original: *Nettle & Bone*

© 2021, T. Kingfisher

Traducción: Mercedes Guhl

Diseño de portada: Fox & Wit

Arte de portada: Xenia Rassolova

D.R. © 2023, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-126697-9-4

Depósito legal: B 18847-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005775011023

*Dedicado a Fuerte e Independiente,
un ave sin igual.*

Capítulo 1

Los árboles estaban llenos de cuervos y el bosque estaba llastado de locos. El hoyo estaba repleto de huesos y sus manos estaban cubiertas de alambres.

Los dedos le sangraban donde los alambres la habían herido. Los primeros cortes ya no sangraban, pero tenían los bordes enrojecidos y estaban calientes al tacto. Las puntas de sus dedos se iban hinchando y se movían cada vez con más torpeza.

Marra se daba cuenta de que nada de eso configuraba un escenario alentador, pero las probabilidades de llegar a vivir lo suficiente como para que la infección la matara ya eran tan ínfimas que no le preocupaba demasiado.

Cogió un hueso, uno largo y delgado, de una pata, y enrolló un tramo de alambre en cada extremo. Encajaba bien con otro hueso largo, que no pertenecía al mismo animal pero sí era lo suficientemente parecido, y los unió con los alambres para después ponerlos en la estructura que estaba creando.

El basurero de huesos estaba lleno, pero no hacía falta excavar hasta el fondo. Podía seguir el progreso del hambre en retrospectiva gracias a los estratos de restos. Habían comido

ciervo y habían comido ternera. Una vez que uno se les terminó y los otros no volvieron, dieron cuenta de los caballos, y cuando ya ni monturas tenían, devoraron a los perros.

Cuando se acabaron los perros, empezaron a comerse unos a otros.

Lo que ella buscaba eran los perros. Tal vez hubiera debido construir un hombre con los huesos, pero ya no les guardaba el menor apego ni cariño a los hombres.

Los canes, en cambio... éstos siempre eran leales.

—*Puso clavijas al arpa, con los dedos de su amada* —canturreaba Marra para sí—, *que encordó con largas hebras de su melena dorada.*

Los cuervos se llamaban unos a otros con voz solemne desde los árboles. Ella reflexionaba sobre el arpista de la canción, y lo que estaría pensando al construir un arpa con los huesos del cadáver de una mujer. Ese arpista era tal vez la única persona en el mundo que podría entender lo que ella estaba haciendo.

Suponiendo que el arpista ese hubiera existido. Y si verdaderamente existió, ¿qué tipo de vida puede llevar alguien que termina montando un arpa con restos de cadáveres?

Y ya que estamos en eso, ¿qué tipo de vida tiene uno cuando termina construyendo un perro con huesos?

La mayoría de los que encontraba estaban rotos, los habían partido para sacarles la médula. Si llegaba a conseguir dos trozos que encajaran, podría unirlos con alambre, pero los bordes de éstos casi siempre estaban muy astillados. Tenía que fijarlos con vueltas de alambre y dejaba huellas ensangrentadas en la superficie de los huesos.

Eso no era problema. Era parte de la magia.

Además, cuando Mordecai, el gran héroe, mató al gusano venenoso, ¿cacaso se quejó de que le dolieran los dedos? No, por supuesto que no.

Al menos no frente a nadie que pudiera oírlo y registrarlo en las crónicas.

—Solamente una canción el arpa podía tocar —canturreó— *que sonaba como el viento y los truenos al bramar.*

Se daba cuenta de lo descabellada que sonaba. Parte de su ser se retorcía al reconocerlo. Otra parte, más cuerda, le decía que estaba de rodillas al borde de una fosa llena de huesos, en una región tan henchida de horrores que sus pies se hundían en el suelo como si caminara por la superficie de una burbuja gigantesca. Una pequeña dosis de locura no estaba fuera de lugar en ese entorno.

Las calaveras eran fáciles de conseguir. Había encontrado una muy buena, ancha, de mandíbulas poderosas y cavidades oculares conmovedoras. Tenía muchísimas a su disposición, pero sólo podía usar una.

Eso le afectó de forma inesperada. La dicha de encontrar la indicada se hizo añicos bajo el peso de la tristeza por todas las que se quedarían sin uso.

Podría pasarme el resto de la vida aquí sentada, con las manos llenas de alambres, montando perros con huesos. Y luego los cuervos me devorarían y yo caería en la fosa y todos no seríamos más que huesos.

Un sollozo se le atragantó y tuvo que parar. Buscó el odre en su bolsa y bebió un sorbo.

El perro de huesos estaba casi terminado. Tenía el cráneo y la preciosa tira de vértebras, dos patas y las costillas, de huesos largos y elegantes. Lo cierto es que había partes de al menos otros doce perros en éste, pero la pieza clave era la calavera.

Marra acarició las órbitas vacías, delicadamente bordeadas de alambre. Todo el mundo decía que el alma residía en el corazón, pero ella ya no estaba tan convencida de eso. Iba

construyendo desde la calavera hacia la parte de atrás. Había descartado varios huesos porque no le parecía que hicieran juego con ésta. Los tobillos largos y finos de los galgos no servirían para llevar esa calavera. Necesitaba algo más sólido, sabuesos de caza, perros pastores, algo con más peso.

Había un verso para saltar a la comba que hablaba de un perro de huesos, ¿o no? ¿Dónde lo había oído cantar? No en el palacio, desde luego. Las princesas no saltaban a la comba. Debió de ser después, en el pueblo, en los alrededores del convento. ¿Cómo era el verso? *Perro de hueso, no tiene seso; perro de palo, ni muerde ni es malo...*

Los cuervos graznaron una alerta.

Ella miró hacia arriba. Los cuervos parlotearon en los árboles que había a su izquierda. Algo venía, avanzando torpemente entre los árboles.

Se cubrió la cabeza con la capucha de su capa, y se dejó caer a medias en la fosa, acunando el esqueleto de perro contra su pecho.

Su capa estaba hecha de retazos de mimetiseda cosidos con hilo de ortiga. La magia no era del todo perfecta, pero era lo mejor que había podido hacer con el tiempo que le habían concedido.

«Del amanecer al anochecer y otro tanto igual, con una lezna fabricada con una espina...» sí, ya quisiera yo ver a alguien que consiga hacer algo mejor. Hasta la señora del polvo había reconocido que lo había hecho muy bien, y ella era bastante parca con los halagos.

La capa de retazos dejaba grandes huecos al descubierto, pero Marra se había dado cuenta de que no importaba mucho. De esa forma, su silueta se rompía y así la gente veía a través de ella. Si notaban que algunas franjas de luz y sombra

se distorsionaban de manera algo extraña, nunca se quedaban lo suficiente para descubrir la razón.

La gente parecía estar muy dispuesta a no confiar en su propia vista. Marra pensó que, a lo mejor, era porque el mundo era tan raro y la visión tenía tantos defectos que uno pronto se daba cuenta de que cualquier cosa podía ser tan sólo un truco de la luz.

El hombre salió de entre los árboles. Ella lo oyó murmurar, pero no pudo distinguir las palabras. Sólo supo que era un hombre por la voz grave, pero hasta eso era una suposición.

La mayoría de las personas de la tierra infecta no representaba ninguna amenaza. Habían comido de la carne indebida y por eso habían sido castigados. Algunos veían cosas que no estaban ante sus ojos. Otros no podían caminar y sus compañeros les ayudaban. Dos habían compartido su fogata con ella, unas noches antes, y ella tuvo buen cuidado de no probar su comida, a pesar de que se la ofrecieron mucho.

Era cruel ese espíritu que castigaba a los hambrientos por comer lo único que la necesidad les había dejado, pero los espíritus jamás habían pretendido ser bondadosos.

Sus compañeros de fogata le habían advertido.

—Tenga cuidado —le dijo ella—. Muévase rápido, rápido y en silencio. Hay unos cuantos de los cuales más vale mantenerse alejados. Ya antes eran malos, y ahora son peores.

—Malos —añadió el otro. Su respiración era dificultosa y tenía que detenerse entre una palabra y otra. Marra se dio cuenta de que eso lo frustraba mucho porque trataba de hablar en las pausas—. Nada... bueno. Todos... nosotros... ahora —meneó la cabeza negando—, pero ellos... enfadados.

—No sirve de nada la furia —dijo la primera—. Pero no hacen caso. Comieron mucho. Acabó por gustarles el sabor

—rompió a reír, demasiado alto, mirándose las manos—. Nosotros dejamos de hacerlo en cuanto encontramos otra cosa, pero ellos siguieron.

El segundo negó con la cabeza.

—No —dijo—. Más... que eso. Siempre... enfadados. Desde... que nacieron.

—Hay quienes nacen así —Marra estuvo de acuerdo. Lo sabía perfectamente.

Algunos de éstos son hombres. Algunos de esos hombres son príncipes. Sí, yo lo sé bien. Es un tipo diferente de enfado. Más oscuro y deliberado.

El otro pareció aliviado al ver que ella entendía.

—Sí. Enfadados... ahora. Mucho.

Los tres permanecieron sentados en silencio alrededor de la hoguera. Marra extendió las manos hacia las llamas y soltó el aire lentamente.

—La mayoría de las veces nos matan —dijo la primera, de repente—. No siempre podemos huir. Las cosas se nos confunden... —trazó un gesto en el aire por encima de sus ojos que Marra no consiguió entender, aunque su compañero asintió al verlo—. Somos fáciles de atrapar así. Pero si te ven, tratarán de cogerte también.

La fogata crepitó. Esta tierra era muy húmeda, y ella agradecía el calor pero, aun así...

—¿No temen que ellos puedan llegar a ver el fuego?

La mujer negó con la cabeza.

—Lo detestan —dijo—. Es el castigo. Entre más comen, más le temen. No cocinan la carne, ¿sabes? —se frotó la cara, evidentemente ansiosa.

—Más seguro así... —dijo el hombre—. Pero... no puede... arder siempre.

Se apoyaron la una contra el otro. Ella recostó la cabeza en el hombro de él y él la rodeó con su brazo para acercarla.

Unos días antes, Marra se hubiera preguntado por qué no abandonaban esa tierra tan terrible. Pero ya no. Podía ser que esas personas no estuvieran del todo en sus cabales, como lo entendía el resto del mundo, pero tampoco eran tontos. Si se sentían más seguros aquí que en otro lugar, no era asunto suyo hacerlos cambiar de idea.

Si tuviera que contarle lo que me ha sucedido a cada persona que me he topado, y luego dejar que me juzgaran por lo que he tenido que hacer... no, no creo que una tierra por la que se pasean unos cuantos caníbales sea un precio demasiado alto. Al menos aquí todos entienden lo que ha pasado, y son tan buenos unos con otros como se esperaría.

De niña, Marra no lo hubiera entendido, pero ya no era una niña. Tenía treinta años, y lo único que quedaba de aquella niña que había sido eran los huesos.

Durante algunos momentos sintió envidia de ellos, dos personas castigadas por algo que no era su culpa, envidia porque se tenían el uno al otro.

Ahora, sentada en el vertedero de huesos, el esqueleto de perro que acunaba entre sus brazos se estremeció.

—Chss —murmuró Marra en los orificios del cráneo—, chss.

Perro de hueso, no tiene seso; perro de palo, ni muerde ni es malo... perro blanco, perro negro, perro de agua, perro de fuego...

Oyó las pisadas que se acercaban. ¿La habría visto?

Si acaso la había visto, entonces podría creer que había sido un truco óptico. Las pisadas dieron un rodeo bordeando la fosa, y el sonido de la respiración se desvaneció.

—Probablemente era inofensivo —le susurró al cráneo. Y si no lo era, ella habría resultado un blanco difícil.

Los otros habitantes de estas tierras, los bondadosos, eran terriblemente vulnerables. Si uno había aprendido a no confiar en lo que le indicaban sus sentidos, podía ser que cuando quisiera huir del enemigo ya fuera demasiado tarde.

Marra ya no estaba tan segura como antes de sus propias visiones, pues los extremos de su percepción estaban levemente difuminados, aunque al menos no desgarrados y rotos a golpes por unos espíritus enfurecidos.

Cuando pasaron muchos minutos después de que se oyeran las pisadas, y los cuervos se sosegaron, ella volvió a sentarse. La niebla forraba los límites del bosque y pendía en espirales bajas sobre la pradera. Los cuervos graznaban a coro como un latido desacompañado. Nada se movía.

Se inclinó para continuar su trabajo en el perro de huesos, los dedos moviéndose sobre los alambres, con la esperanza de terminar su labor antes de que cayera la noche.

El perro de huesos despertó a la vida al anochecer. No estaba terminado, pero casi. Ella trabajaba en la pata delantera izquierda cuando la mandíbula se abrió, estirándose, como si despertara de un largo sueño.

—Espera —le dijo ella—. Ya casi acabo...

El perro se sentó. Abrió la boca y el fantasma de una lengua húmeda le tocó la cara como una especie de neblina.

Rascó el cráneo en el lugar donde estarían las orejas. Sus uñas hicieron un sonido de rozadura suave contra la superficie pálida.

El perro de huesos meneó la cola, la pelvis y buena parte de la columna de pura dicha.

—Sentado, quieto —le dijo ella, levantando la pata de delante—. Sentado. Deja que termine.

El perro se sentó, obediente. Las órbitas vacías la miraron. El corazón se le encogió dolorosamente.

El amor de un perro de huesos, pensó, atareada en la pata. Eso es todo lo que merezco en estos tiempos.

Aunque también es cierto que muy pocos humanos valen de verdad el amor de un perro viviente. Hay bendiciones que uno no llega a merecer nunca.

Tenía que engarzar cada diminuto hueso de la pata con una sola vuelta de alambre para unirlo a los demás, y después enrollar la pata entera con varias vueltas, para darle estabilidad. No entendía cómo podía mantenerse en una sola pieza, pero lo conseguía de alguna forma.

Había sido lo mismo con la capa. El hilo de ortiga y los retazos de mimetiseda no debían formar una sola cosa sino caerse a pedazos, y a pesar de eso, resultó ser algo más sólido de lo que parecía.

Las garras del perro se veían absurdamente grandes al no tener carne para cubrirlas. Ella las envolvió cual si fueran amuletos, y las unió al fino entramado de alambre.

—Perro de hueso, sin lengua ni seso —murmuró. En su mente veía niños, tres niñas, entonando el verso. *Perro de hueso, perro de palo... pero blanco, perro negro... perro vivo, perro muerto... perro rojo, ¡a correr!*

Al sonido de «¡a correr!», la niña que estaba saltando a la comba se salió y empezó a ir y venir corriendo y atravesando la franja donde la cuerda giraba, y no se oía nada más que sus pisadas y el golpeteo de la cuerda contra el suelo. Cuando la niña que corría finalmente pisó la cuerda, las otras dos soltaron los extremos y todas empezaron a reír.

El perro de hueso apoyó el hocico en el antebrazo de ella. No tenía orejas ni cejas, pero ella casi podía percibir la mirada

que le estaba mostrando, trágica y esperanzada, como solían ser los perros a menudo.

—Ya estás —dijo por fin. El cuchillo había perdido filo de tanto cortar alambre, y tuvo que intentarlo varias veces hasta lograr desprender el último trozo. Remató su trabajo, metiendo la punta afilada del alambre debajo de la articulación, para que así no pudiera enredarse en nada—. Ya estás listo. Espero que eso sea suficiente.

El perro de huesos apoyó la pata, probándola. Se quedó así unos momentos, y luego salió disparado hacia la niebla.

Marra cerró un puño junto a su estómago. *¡No! Se me ha escapado... Tenía que haberlo atado, haber pensado que iba a escapar...*

El sonido de las patas al correr se desvaneció en la blancura.

Imagino que tenía un amo en algún lugar, antes de morir. A lo mejor ha ido a buscarlo.

Le dolían las manos. Le dolía el corazón. Pobre perro tonto. Su primera muerte no había sido suficiente para enseñarle que no todos los amos son dignos de fidelidad.

Marra había aprendido eso mismo demasiado tarde.

Miró a la fosa que servía de basurero de huesos. Los dedos le latían de dolor, aunque no le ardían como cuando cosió la capa de ortigas, sino que era una sensación más profunda, en sincronía con su corazón. El enrojecimiento iba avanzando por sus manos. Una larga línea encarnada iba serpenteando por su muñeca.

No soportaba pensar en lo que sería sentarse de nuevo allí y hacer otro perro de huesos.

Apoyó la cabeza entre sus manos doloridas. Tres pruebas eran las que la señora del polvo le había asignado. Coser una

capa con mimetiseda y ortigas, confeccionar un perro con huesos y atrapar la luz de la luna en un tarro de cerámica. Había fracasado en la segunda, antes de lograr empezar la tercera.

Tres pruebas, y después la señora del polvo le daría los instrumentos para matar a un príncipe.

—Típico —dijo con la cara entre las manos—. Típico. Consigo hacer lo imposible, y ni se me ocurre pensar que a veces los perros huyen —hasta donde se imaginaba, el perro de hueso había podido husmear algún olor y ahora iría a parar muy lejos de allí, persiguiendo un conejo de hueso, un zorro de hueso o un ciervo de hueso.

Se rio por entre los dedos hinchados, el sufrimiento enroscándose sobre ella, como solía hacerlo, hasta convertirse en agotamiento. *¿No sucede así siempre?*

Eso es lo que me gano por confiar en que los huesos me mostrarían fidelidad, únicamente por haberlos sacado de la tierra para encajarlos en un esqueleto. ¿Qué va a saber un perro sobre la resurrección?

—Tenía que haberle traído un hueso —se dijo, dejando caer las manos, y los cuervos posados en los árboles repitieron el sonido de su risa.

Bueno.

Si la señora del polvo le había fallado, o si ella le había fallado a la señora del polvo, entonces tendría que labrarse su propio camino. Había tenido un hada madrina en su bautizo, que le había concedido un único don y no le había hecho más llevadero el camino por la vida. Tal vez había quedado en deuda.

Se dio la vuelta y empezó a caminar, arrastrando los pies paso a paso, para salir de la tierra infecta.